

es, sin disputa, una de las joyas artísticas que embellecen á la ciudad de México.

Desgraciado anduvo pues el señor Bunge al citar al último emperador azteca, sin conocer su historia.

VI.

La arrogancia criolla! Hé aquí uno de los defectos que sin excepción alguna atribuye á los pueblos hispano americanos el señor Bunge, y que le ha inspirado las más vehementes, las más incisivas, las más acres de sus censuras. ¡Con cuánta razón su prologuista el Sr. Altamira observó,—como lo hicimos constar al principio,— que es muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere, y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional!

Rechacemos, pues, la tremenda acusación que sin conocernos nos lanza el autor de *Nuestra América*, ya que debemos considerarnos comprendidos en sus juicios, puesto que en su afán de abultar defectos de raza, no evitó que sus generalizaciones resultarán erróneas, al compro-

barlas cada uno de los pueblos en ellas comprendidos.

Ocioso sería defender á la raza indígena del cargo de arrogante. No lo fué nunca, ni en sus épocas de poderío; no supo ó no pudo serlo al imponérsele el yugo de la conquista. . . . después su degeneración, su apocamiento ha ido en creciente. Hablemos entonces de la raza criolla, ya que así continúa llamándola el señor Bunge, y digamos, de paso, que no excluimos á los indígenas que por su cultura se han separado de su raza y figurado al par que los que nosotros creemos genuinamente mexicanos, es decir, de los que llevan en proporciones más ó menos apreciables, sangre europea y sangre indígena.

Para el señor Bunge, consiste esencialmente la arrogancia “en atribuirse una superioridad indeleble, ó mejor dicho *innata*; es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzo, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgazanes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas. Es el boato que prestigia la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, válense de los ajenos: de la gloria de sus antepasados, de la riqueza de sus padres. Es el *orgullo de la pereza*.”

Si al tomar la pluma para hacer algunas rectificaciones al libro del señor Bunge, hubiésemos pensado únicamente en los lectores mexicanos, al llegar á este pasaje del escritor argentino, nos habríamos limitado á copiarlo, sin observación alguna, para solaz tan sólo de los aludidos. Porque tan aplicables son á los mexicanos los rasgos que, sin excepción alguna, atribuye á todos los criollos de la América hispana, como podrían ser adaptables á nuestro país las leyes del Congo.

¿Arrogantes los mexicanos tal como los pinta el señor Bunge?

Ni los publicistas, ni los sabios, ni los gobernantes, ni los militares, ni los grandes propietarios, ni los banqueros, ni los oradores, ni gremio alguno de los que algo valen y significan en nuestra patria, han merecido el nombre de arrogantes.

Lea el señor Bunge á los historiadores de nuestras grandes guerras, y verá con cuánta parsimonia elogian las más brillantes acciones; conozca los cantos de nuestros poetas, y verá cómo no se creen Homeros ni Tirteos y cómo no llaman semidioses á los que nos dieron una patria libre; estudie nuestros anales diplomáticos y verá con cuánta moderación, con cuán discreta dignidad ha procurado revindicar los dere-

chos de México su cancillería; lea los partes de los generales después de la batalla del 5 de Mayo, del asalto de Puebla, de la toma de Querétaro; las proclamas de Juárez, su lema universalmente conocido y loado: "El respeto al derecho ajeno es la paz"; venga el señor Bunge á México y solicite una audiencia del Presidente de la República ó vealo siquiera en reuniones de sociedad y en actos oficiales; venga y frecuente nuestros Casinos y nuestras fiestas y verá cuán democrática es nuestra sociedad, cuán ajenos al orgullo y á la arrogancia los que en primer término figuran por su riqueza, ó que por sus merecimientos son estimados.

No, en México no encontrará el señor Bunge, podemos decirlo sin temor de que nos contradiga ninguno que nos conozca, ese orgullo, esa necia vanidad ó presunción, esa creencia en una superioridad intuitiva, infusa. Por el contrario, en México se exagera la superioridad de lo ajeno, de lo que otros pueblos poseen, de lo que los demás, sean de donde fueren, valen.

A diario se habla y se escribe que estamos muy lejos todavía de poder llamarnos dignos hijos de la civilización moderna; á diario confesamos que no somos originales, que todo lo imitamos y copiamos y que aún nos falta mucho por imitar y copiar.

No encontrará en los periódicos mexicanos el señor Bunge frases enderezadas á hacer creer que para nosotros nada valen ni significan las Repúblicas de menores recursos que la nuestra, ni comparaciones odiosas, ni mal encubierta satisfacción al ver cómo continúan desangrándose, empobreciendo, los pueblos que, como el nuestro hace treinta años, viven entregados á los horrores de la guerra civil.

Cuando surgieron dificultades internacionales hace algunos años entre México y Guatemala, el Gobierno procuró ponerles término sin amenazas de guerra, sin arrogantes alardes de superioridad, y el pueblo entero y la prensa, en vez de fomentar odios y rencores, secundó con su discreta conducta la noble, la pacífica política del General Díaz.

Las cordiales relaciones que existen entre México y las naciones extranjeras limítrofes, se habrían turbado más de una vez si arrogante y altiva la República mexicana hubiese dado de mano á la prudencia y á la moderación, y se hubiese creído llamada á preponderar y á sobreponerse.

Pueblo alguno es más opuesto á imponer su hegemonía, que el pueblo mexicano. Entregado á la labor incruenta de su progreso y respetando á los fuertes como á los débiles, no acaricia

las ambiciones desapoderadas que constituyen lo que ha dado en llamarse el imperialismo.

Todo lo que tan someramente acabamos de apuntar, porque la índole de nuestro escrito no consiente otra cosa, sin gran esfuerzo podría el señor Bunge comprobarlo estudiando nuestros documentos públicos; pero con mayor facilidad todavía, si ocurre á la Legación de México en Buenos Aires, que de buen grado le proporcionará cuantas informaciones solicite. Y si no cree suficientemente imparcial esta fuente que nos permitimos insinuarle, lea las actas de las sesiones del segundo Congreso Pan Americano que aquí se reunió no hace mucho tiempo, y, sobre todo, interrogue á los ilustrados representantes de las Repúblicas de Sud América que figuraron en esa Asamblea y que durante algunos meses residieron entre nosotros, visitaron nuestras principales ciudades y trataron á gran número de mexicanos. Ciertos estamos de que ninguno de esos delegados dirá al señor Bunge que la arrogancia nos caracteriza y que por la estimación y el respeto de los demás á quienes estimamos y respetamos. No pedimos elogios ni nos creemos dignos de admiración, nos basta reclamar que se nos haga justicia, que no se nos atribuyan más defectos de los que tenemos y de los cuales somos los primeros en doler-

nos. Por eso rechazamos las aseveraciones del señor Bunge respecto á que nos deje comprendidos en sus ataques á la arrogancia criolla.

Por excepción podría encontrar el señor Bunge una que otra personalidad mexicana, á la cual puede con razón motejarse de arrogante á la manera que él comprende ese defecto. Pero sepa, que, aquí mismo, los que en tal extravío incurren, son objeto de burlas y de sátiras por parte de la mayoría de la sociedad. *Suficientistas* son llamados en México, y zaheridos con tal epíteto, los que el señor Bunge designa como arrogantes. Y en vez de encontrar prosélitos, en lugar de formar escuela, bien lejos de poder contaminar los *suficientistas*, atraen sobre sí el ridículo, que es el más atroz y matador de los castigos. En México no logra imponerse sino el verdadero mérito y ésto cuando el que lo posee es modesto y no hiere con su altivez la dignidad de nadie. Pueden ciertas conveniencias hacer que en determinados círculos se halague la vanidad de los favorecidos del poder y de la fortuna; pero la inmensa mayoría de la sociedad tiene la discreción bastante para ejercer la justicia distributiva, dando á cada uno lo que merece por sus obras.

VII.

Largamente diserta el señor Bunge sobre la pereza criolla, pintando á los hispano-americanos todos, hundidos por múltiples causas en la indolencia más entristecedora, é incapacitados por ende para aspirar á altos destinos en la vida moderna, ya sea en la política, ya en las ciencias, las letras y las artes, inútiles para el trabajo y consiguientemente del todo inhábiles para conquistar la riqueza y el poderío. Todo esto, para llegar así á lo que cree el supremo desideratum, á que debemos *européizarnos*.

Oigámosle. Es este un trozo lírico, bello y hermoso.

“No hallo, pues, sino un remedio, un solo remedio contra nuestras calamidades: *EUROPEIZARNOS*. ¿Cómo? *Por el trabajo*. Trabajar la tierra, la usina, la escuela, la imprenta, la opinión, el arte; desgranar el trigo, despojar de su cándido vellón la oveja, sangrar la vena de carbón y de oro; mover usinas, provocar el estímulo de las letras, los descubrimientos de las ciencias, modelar la piedra, colorear el cuadro. . . . Nunca nos será dado el cambiar nuestras sangres, ni nuestra historia, ni nuestros climas, pero sí podemos europeizar nuestras ideas, sentimien-

tos y pasiones. No contentarnos con tomar las formas de la cultura europea como tomaron los escolásticos las de la cultura grecolatina, sino penetrarnos en su espíritu, que luego, ya adquiriremos nuestro propio espíritu, como lo adquirieron—; después de cuántos esfuerzos!—esos escolásticos laboriosísimos que engendraron en los flancos de Europa el Renacimiento. . . . Engendremos también nosotros la Reacción en los fecundos flancos de América. . . . *Europeicémosnos por el trabajo*. Y no me digáis que europeizándonos violentamos nuestro carácter, y que así, por falta de sinceridad, nada eficiente producirémos. . . . ¡La indolencia no da, *quita* carácter.”

“Si el carácter de los hispano americanos no es tener carácter! Inventémosle, improvisémosle, imitemos, forjemos, remachemos; si entonces aún no pudiéramos crearlo del vacío, ¡vive Dios! robémoselo á quienes lo tengan, como arrancaron los romanos sus hembras á los sabios! ¡Sorprendamos á la Historia, tendámosla sobre la grupa de nuestros corceles, hincemos nuestros dedos como garras en sus senos de virgen, y bebiéndole la vida por los desmayados labios, adelante! ¡Ensangrentemos los hijares del hipógrifo, clavémosle la espuela hasta la entraña, que en la noche de lo Desconocido, ham-

brienta jauría de siglos nos persigue! ¡Adelante! El Tiempo no espera. . . . ¡Adelante!”

Como se ve por el largo pasaje que acabamos de transcribir, el señor Bunge, arrebatado por el estro, declama más que razona; más parece tribuno que sabio disertante; se dirige á la imaginación para impresionarla, para sugestionarla, y en vez de las profundas observaciones del sociólogo, que enseñan á los hombres todos cualquiera que sea su edad, parece que con su larga tirada lírica provoca el aplauso de la juventud soñadora.

Pero aparte de esta observación, es indispensable hacer notar que, en lo que á México atañe, los ardorosos anhelos del señor Bunge salen sobrando.

Pudo en otros días,—treinta años há cuando menos,—parecernos que el escritor argentino ponía el dedo en la llaga, y nos daba consejos que debíamos apresurarnos á seguir; pero hoy por hoy, el espíritu de los mexicanos es otro. Precisamente se viene operando en México la Reacción que aún espera el señor Bunge; precisamente la raza criolla, á pesar de los estorbos que la indígena opone, da inequívocas muestras de que al trabajo y sólo al trabajo fía el logro de sus nobles aspiraciones. Ya no es la indolencia la característica de nuestro país. Conquistado

el bien supremo de la paz, por donde quiera se nota que van desapareciendo los antiguos hábitos, que se trabaja, que hay emulación saludable, que el espíritu de empresa se hace sentir de un extremo á otro de la República; en una palabra, que Méjico trabaja, que México no es rutinario, que México, dentro de la esfera de sus recursos y ayudado por su crédito en el exterior, procura con generoso empeño hacerse digno de figurar en el concierto de las naciones trabajadoras y civilizadas.

Incontables documentos oficiales, numerosas publicaciones particulares, informes de los agentes consulares y de notas diplomáticas que con frecuencia publican los diarios europeos y americanos, demostrarán al señor Bunge que no por suficientistas ó arrogantes, le hacemos notar que no debe comprendernos en sus censuras; que antes de haberlas escuchado, ya habíamos optado por la única senda que puede conducirnos á la realización de nuestras esperanzas. Claro es que tenemos todavía que conquistar mucho de lo que para honra y lustre de nuestra patria, y para nuestro bien personal ambicionamos, pues no se logran tan altos fines en un día; pero perseveramos en el trabajo y acaso no muy tarde lograremos ver encauzadas para siempre las corrientes que ahora en-

cuentran algunos obstáculos. Tal es la transformación que en la pereza criolla se ha operado en el último tercio del siglo décimo nono y en los breves años corridos del duodécimo, en esta porción de Nuestra América.

VIII.

Antes de pasar adelante, creemos oportuno hacer que el lector conozca, no nuestra opinión particular respecto á la *europaización* que tan ardorosamente predica el señor Bunge, sino la opinión del prologuista del libro que nos ocupa. Que comulgamos con las ideas del señor Altamira, hasta ocioso nos parece confesarlo, pues si así no fuese no fiaríamos á él la defensa de nuestros principios. Que hable, pues, el sabio profesor:

“Pero hay una cosa en los entusiasmos con que el señor Bunge traza el reverso de su pintura americana, al señalar el camino, mejor dicho, la orientación de la reforma, en que yo quisiera que la fácil exaltación de aquél pueblo, —que en esto es como el mío,—no se extravíase. Ellos y nosotros necesitamos *europaizarnos*, sí; pero no nos engañemos respecto de lo que es Eu-

ropa, de lo que es el mundo civilizado. No lo tomemos en bloque, sin elección, porque corremos peligro de añadir á nuestros vicios otros que no tenemos. La crueldad no es europea, — cree el Sr. Bunge. Sí; por desgracia es tan europea como americana; es *humana* todavía. Díganlo los horrores de la intervención en China; los de la colonización francesa; los de las guerras de los ingleses en Africa; los de las tropas yankees en Filipinas; los de Rusia. . . . Esa crueldad, que representa el rezago de la barbarie, no es accidental en las naciones que se llaman civilizadas; va ligada á lo más hondo de su constitución presente y de su acción en el mundo; condiciona é inspira la conducta de las clases directoras y su política internacional, es decir, su concepto de los demás hombres y los sentimientos que hacia ellos tienen; y los que hoy son, en muchos respectos, de ella se deriva, de modo que renunciando á ella se vendría abajo lo más de la grandeza que asusta á los débiles.

“Ya sé yo que á muchos parece natural y necesaria esa brutalidad de la ley del más fuerte. A mí no; porque, aun dado que la crueldad sea uno de los elementos irreductibles de la psicología humana, á veces sofocado por capas exteriores de cultura, pero siempre vivo en el fondo, me basta que pueda tenerse así ahogado; me

basta el ejemplo de la victoria sobre él, que muchos individuos alcanzan, para no creerlo fatal ni indispensable, porque lo indispensable y fatal en la vida no es vencible.

“Y por creerlo, no sólo posible de vencer, sino perjudicial, inhumano, rémora de la civilización y opuesto á la ley del amor, digo á los que toman por modelo esos pueblos y lo señalan como tal á las muchedumbres:—; Tened cuidado!; Tened cuidado! El ejemplo es muy elocuente, y cuando lo da quien es tenido por perfecto ó, á lo menos, por muy superior, se hace irresistible. El tipo europeo de vida tiene cosas buenas, cosas admirables; tomadlas, pero cerniéndolas bien para que se separen de las malas, para que en el contacto con todo no perdáis las que á vosotros os quedan, las consubstanciales. No olvidéis que por ser tan complejo y mezclado el espíritu de los hombres, hay que distinguir siempre en él y que atenerse al consabido proceder del filósofo: Tomo la verdad donde la encuentro, sin preguntar de dónde viene, pero nada más que la verdad. Y para ello, lo primero que hace falta es discreción con que separar lo verdadero de lo falso, el oro de lo que simplemente reluce. Con esas precauciones por delante, bebed en la copiosa fuente de la civilización moderna; imitad á los que subieron más pelda-

ños en la escala quebradiza de la educación humana; no creáis demasiado en fatalidades antropológicas y sellos imborrables de raza; atreveos á todo lo que otros hayan conseguido... y "sed vosotros mismos siempre," no á la manera del egoísta Peex Gyns sino con el profundo sentido de Brand.

"Y decididos á ello, trabajad. Desconfiad de tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no sea vosotros mismos os costará caro. "Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas," ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará á obtenerlas. La vida prestada no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vivir, su precio es la libertad."

Como se vé, el prologuista del señor Bunge, europeo como es, fué el primero en sujetar á peso y medida los consejos del autor á los hispano americanos para que á toda costa se *européiricen*. A tan discretas observaciones nada tenemos que añadir si no es nuestro aplauso.

IX.

Sesenta páginas de su libro consagra el publicista argentino á la exposición y acerva crí-

tica de la política hispano americana. Como en las anteriores, y aún más acentuadamente, México es víctima de los latigazos,—como el señor Altamira los llama,— del implacable censor de cuanto en la América hispana ha acontecido y acontece, y son por tal manera exageradas sus imputaciones, tan despectivos sus conceptos, tan faltas de comprobación sus imputaciones rotundas en lo que á nuestra patria y á sus hombres de Estado toca, que si á todas y cada una de las ideas del señor Bunge dedicáramos especial refutación, resultaría más extenso que su obra este trabajo nuestro. Porque,—nos cansaremos de repetirlo,—radica el principal error del señor Bunge, en no establecer distinción alguna entre las diversas nacionalidades que forman el todo de eso que él llamó Nuestra América. Por eso el cuadro está ennegrecido hasta producir repugnancia y horror, por eso quien tome á lo serio el monstruo creado por la imaginación ardentísima del señor Bunge, nos creará hundidos en la degradación y el envilecimiento. Unidos en haz compacto los defectos que aquí y allí se encuentran diseminados, los crímenes del pasado y las miserias del presente; abultadas por la pasión de los escritores que, por distintas causas, anhelan presentar las cosas tales como se las imaginan, induce el libro que nos ocupa á des-